

LA HISTORIA, PROFETIZADA

Los es- critores de habla española han dicho no pocas cosas de interés sobre la marcha del mundo. No se han limitado a estudiar la historia hispánica, interpretándola a la luz de los distintos principios filosóficos, sino que han tratado, en ocasiones, de aplicar éstos a la Historia universal, prediciendo, anticipando, profetizando.

Pero hay que ponerse en guardia en cuanto se nombra a los profetas y a las profecías. Muchos espíritus curiosos y superficiales están siempre dispuestos a tomar por profecía lo que no lo es. No se alude con esto al abuso, tantas veces denunciado por la Iglesia, de considerar, sin más, como proféticos, en todo el rigor teológico del vocablo, textos de almas piadosas y virtuosas que no estuvieron, sin embargo, adornadas del don que permite vaticinar el futuro. La prudencia y la sabiduría de la Iglesia tratan constantemente de fijar con rigor los límites estrictos de la profecía y del milagro.

De un extremo se pasa al otro. De regalar a muchos la intuición o el raciocinio que disipa las sombras del mañana, a negar a todos esa presciencia, esa antevisión por la cual el hombre se parece un poco a Dios. Ninguna de estas posiciones es defendible. La verdad, por el contrario, es que el futuro ha sido muchas veces perspicazmente previsto.

“Contra lo que suele creerse—ha escrito Ortega y Gasset—ha sido normal en la Historia que el porvenir sea profetizado.” Y cita, en abono de su tesis, un juicio de Stuart Mill: “Existe en el mundo una fuerte y creciente inclinación a extender en forma extrema el poder de la sociedad sobre el individuo, tanto por medio de la fuerza de la opinión como por la legislativa. Ahora bien, como todos los cambios que se operan en el mundo tienen por efecto el aumento de la fuerza social y la disminución del poder individual, este desbordamiento no es un mal que tienda a desaparecer espontáneamente, sino, al contrario, tiende a hacerse cada vez más formidable.”

DONOSO Y SUS VATICINIOS

Si queremos comentar los acontecimientos más significativos del mundo actual a la luz del pensamiento que se ha expresado en lengua española, las previsiones de Donoso—“político porque fué teólogo, y por profeta, diplomático”, según la caracterización de Eugenio d'Ors—deben servir de general introducción a otras glosas.

Puede Donoso Cortés no estar bien juzgado por el fervor clamoroso de quienes no ven en él sino a un político, o a un pensador religioso, o, sobre todo, a un apologista elocuente del Orden, de la Religión, de la Iglesia. No se hallará en estas adhesiones rigor conceptual, precisión, líneas claras y firmes que configuren y limiten exactamente el alcance de su obra. Pero, con seguridad, están regateados sus méritos, o quizá desconocidos por el silencio, en el campo del pensamiento secularizado, fiel a la tradición racionalista. Ahí sí que la mente de uno de los mejores españoles del siglo XIX aparece, sin duda, empuñada y maltratada.

Los vaticinios de Donoso estriban en una concepción cristiana, providencialista, de la Historia; constituyen una teología de la Historia. Por eso su pensamiento, su teodicea—tan parecida a la apuntada por Teodoro Haecker al estudiar a Kirkegaard—hallan una resonancia en el sector religioso y en el irreligioso que le fuerzan a defenderse de ataques que en el primer caso amenazan empañar la pureza de su ortodoxia.

Con motivo de su *Discurso sobre Europa* (30 de enero de 1850) aprovecha Donoso una carta a Louis Veuillot para repudiar el título de profeta. Vale la pena reproducir sus palabras, tan nobles y extrañas, pues nada envanece tanto a un pensador como el acierto en adivinar el futuro. “Debo protestar y protesto contra la idea de que se me coloque entre los que ven el porvenir. Yo no he cometido la temeridad de anunciar la última catástrofe del mundo. No he hecho otra cosa sino decir en alta voz lo que todo el mundo dice por lo bajo: he dicho que las cosas del mundo llevan hoy muy mal camino y que si prosiguen en la misma dirección iremos irremediablemente a dar en un caso de guerra, a potencia asiática. El hombre puede salvarse, ¿quién lo duda? Pero es a condición de que así lo quiera, y me parece que no lo quiere; y no queriendo salvarse el hombre, Dios no le salvará, a pesar suyo.”

LA PARTE DE LA RAZON

Es curioso que un detractor injusto de la razón humana, como Donoso Cortés, asentase sus predicciones en razonamientos y reflexiones racionales, bien que partiendo de premisas que le eran dadas por la fe.

El *Discurso sobre la Dictadura*, conocido también por el de *Los Termómetros*, es una hermosa pieza oratoria que granjeó a su autor celebridad en Europa y constituye un ejemplo valioso de lo que decimos. Vamos a verlo.

La ocasión inmediata de esta intervención parlamentaria fué la justificación de los poderes extraordinarios recabados y conseguidos por el General Narváez. Habla el orador el 4 de enero de 1849. Las revoluciones del año anterior le han impresionado profundamente. (El estudio de la Revolución, del fenómeno revolucionario en general, ha influido decisivamente en su ideología, según confesión propia.)

Donoso hace afirmaciones categóricas; sostiene que lo que va a anunciar “se ha de cumplir a la letra en un porvenir más próximo o más lejano”.

Y lo que anuncia es esto: “La libertad acabó. La libertad no existe de hecho en Europa. El mundo camina con pasos rapidísimos a la constitución de un despotismo, el más gigantesco y asolador de que hay memoria en los hombres”.

¿Por qué?

Premisa dada por la fe: el pecado original inclina a la naturaleza humana hacia el mal.

Deducción de la razón: la libertad se acaba; se aproxima la tiranía, el despotismo.

Esta consecuencia racional la extrae Donoso con toda lógica. Pues, en efecto, dada la corrupción de nuestra naturaleza, sólo dos represiones frenan al hombre: la interior o religiosa, o la exterior o política. Si el hombre no se reprime por sí mismo, es preciso reprimirle. De aquí que “cuando el termómetro religioso está subido, el termómetro de la represión está bajo, y cuando el termómetro religioso está bajo, el termómetro político, la represión política, la tiranía está alta. Esta es una ley de la Humanidad, una ley de la Historia”.

Ahora bien, ¿habrá una reacción que haga innecesaria, que excluya la represión política, es decir, que ahuyente el despotismo? El orador no la cree probable y collige, por tanto, el advenimiento de la tiranía.

ESTILO DE ESPAÑA

UNA VISION ESPAÑOLA DE EUROPA

Por J. L. VAZQUEZ DODERO

RUSIA, CONCRETAMENTE Son frecuentes en la obra de Donoso las citas de Rusia. En general estudia su política en la situación histórica que contemplan los ojos del escritor. A veces hay consideraciones psicológicas o históricas para explicar las actitudes rusas de aquel tiempo.

Cree Donoso que es vital para Rusia la posesión de Constantinopla y del Mediterráneo. “El que fué ayer imperceptible ducado es hoy el más dilatado Imperio del mundo, siendo de aliento tan altivo que quiere imponer tributo en todos los mares y rodear con sus nerviosos brazos todo el orbe de la tierra.” Luego nombra sus fronteras y añade: “Y, sin embargo, este Imperio colosal necesita para existir el golfo Pérsico, el Mediterráneo y Constantinopla. Necesita por capital a Constantinopla, porque sin su posesión la industria de sus provincias meridionales se extingue, y porque, cerrados los Dardanelos, la Rusia no es señora del Mar Negro, sino antes bien su prisionera. Necesita, en fin, el golfo Pérsico, porque el golfo Pérsico es el rumbo de la India”.

Cuando la ley humana es la conquista y la guerra, lo que más conviene a un pueblo es invadir sin temor de ser invadido. Hasta cierto punto los rusos se parecen en esto a los escitas y los árabes: “Rusia, ese león del Norte, que para herir tiene sus garras, y para defenderse, el Polo”.

LAS GARRAS Y EL POLO

Con esta figura de las garras del león que hieren y que tienen al Polo por escudo, la retórica del gran extremeño anticipa en 1838, en una polémica con el profesor Rossi, unos juicios sobre Rusia y el porvenir de Europa que cumplen ahora sus cien años y que pertenecen a lo más resonante y comentado de la obra de Donoso. Porque el *Discurso sobre la situación de Europa* fué pronunciado el 30 de enero de 1850 y es una de las oraciones, y aun de las obras en general, más conocidas y celebradas del orador, del pensador, del escritor.

Piensa él que nada hay seguro en Europa después de la revolución de febrero: “...decidme, con la mano puesta sobre el corazón, si encontráis una sola sociedad que pueda decir: “estoy firme en mis cimientos”; decidme si encontráis un solo cimiento que pueda decir: “estoy firme sobre mí mismo”. La revolución, contra lo que se cree, no ha sido vencida, puesto que encontradas todas las fuerzas sociales apenas han bastado para contenerla. A pesar de las victorias, que de tales sólo tienen el nombre, “el tremendo problema está en pie y la Europa no sabe ni puede resolverle”.

Una fina previsión de Donoso es aquella receta: “para este mal no son remedio esencial las reformas económicas”. Porque la verdadera causa del mal europeo es la desaparición de la idea de autoridad divina y humana.

Donde el discurso alcanza mayor altitud es en el paralelo entre los fenómenos religiosos y políticos (Deísmo=Monarquía constitucional; Panteísmo=República; Ateísmo=Anarquía) que admiró la inteligencia de Schelling; y en el anuncio de “la hora de Rusia”, en que “podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra Patria”.

Cree Donoso que, por mucho tiempo, no hay que temer el menor peligro de Rusia: germanos, latinos y anglosajones la reducirían, en caso de guerra, a potencia asiática.

Mas no por eso no hay nada que temer de Rusia, pues ésta se apoderaría de Europa si la revolución disuelve los ejércitos permanentes, despoja a los propietarios y al propio tiempo se confederan todos los pueblos eslavos. “Cuando en el Occidente no haya más que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de Rusia; entonces la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra Patria; entonces presenciaremos el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la Historia; ese castigo tremendo será, señores, el castigo de la Inglaterra”.

Y más adelante: “La raza anglosajona es la que menos expuesta está al ímpetu de las revoluciones; yo creo más fácil una revolución en San Petersburgo que en Londres”. Lo que hace falta, según Donoso, es que Inglaterra evite, con una política exterior monárquica y conservadora, las circunstancias que darían el triunfo a Rusia. Y aun así...: “porque el remedio radical contra la revolución y el socialismo no es más que el catolicismo, única doctrina que es su contradicción absoluta”.

1850: UN ESPAÑOL EN EUROPA

Este español que así veía el porvenir de Europa fué leído y admirado no sólo por Montalembert y Veuillot, por Nesselrode, por el Zar Nicolás o por Federico-Guillermo IV, sino por aquellos que, de modo aún más eminente, encarnaban el plural espíritu europeo tal como ha pasado a la contradicción y el desaliento de nuestros días: Schelling, Metternich, Ranke...

“El discurso—escribió Meyendorff al marqués de Valdegamas (“ici nous l'appelons le marquis de Valdegamas”)—ha sido un acontecimiento. Una vez publicado por los periódicos franceses y belgas, lo reprodujo la *Reform* en versión alemana. Aunque la traducción es fría, el éxito y el aplauso fueron generales. Todos admiran la elocuencia, el alto nivel, la profundidad de los pensamientos... Schelling, el Néstor de los filósofos, ha leído con la mayor complacencia el paralelo entre republicanismo y panteísmo; el historiador Ranke estima por su novedad y fertilidad, sobre todo, la distinción entre los pueblos de cultura antigua y los pueblos que recibieron la civilización a través del Cristianismo... Se me olvidaba decir que fué a Metternich a quien mayor admiración produjo su discurso: dice que puede ponerse junto a los mejores ejemplos de oratoria antigua y que, además, tiene cierto cuño de originalidad que procede del espíritu español, monumental y primitivo como los muros ciclópeos.”

